

Luciana

Elvio Marcelo Galeano

Catalogación

Galeano, Marcelo Elvio

Novela Drama / Elvio Marcelo Galeano; arte de tapa:

1.^a ed. - Posadas, Misiones: Agencia Literaria Marcelo Benczarski, 2024.

Prólogo: Rodolfo Roque Fessler.

Formato: 15 x 21 cm; 202 p.

ISBN: 978-631-00-6586-1

1. Novela argentina. 2. Drama. 3. Prólogo Fessler, Rodolfo Roque. I. Título.

CDD: 863.3

Fecha de edición: 20/12/2024.

Idea, diagramación, diseño e impresión: Marcelo Benczarski.

Ilustración de tapa: Ángel Gabriel Ocampo

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida excepto en fragmentos para reseñas mencionando la fuente; ni puede ser almacenada en sistemas de recuperación o reproducida por medios mecánicos, fotocopiado, grabado o cualquier otra manera sin la autorización del autor.

Editor: Marcelo Benczarski.

© 2024 - Elvio Marcelo Galeano

A la memoria de mis hermanos
Edit, Sergio y Fredy; y de mis padres
Juana y Claudio.

Agradecimiento

**A la familia, porque es lo más importante;
a los amigos, por tanto camino recorrido;
a Rodolfo Roque Fessler, por el honor de su
prólogo;
a la comunidad del Instituto Superior Lisandro de la Torre, por seguir aprendiendo; y a los que creen en mí, guardianes incondicionales de mis flaquezas y adalides de mis virtudes.**

PRÓLOGO

La atrapante y bien escrita obra de Elvio Marcelo Galeano, publicada con anterioridad a *Luciana*, ha sido referida o explicada dentro del género policial, el inagotable modo en que pueden crearse mundos completos a pesar de versar sobre un esquema sencillo y repetido; el crimen misterioso o conocido y el descubrimiento de su autoría en que se envuelve el misterio; la tensión, el suspenso y las cabriolas literarias que alimentan la curiosidad con que deleita la narración.

Borges decía que: *“El cuento policial puede ser puramente policial. Puede prescindir de aventuras, de paisajes, de diálogos y hasta de caracteres; puede limitarse a un problema y a la iluminación de un*

problema". Con matices más amplios eso ha ocurrido con sus anteriores y muy recomendables publicaciones: "La Puerta Azul", "La venganza de su Señoría" y "Portón Viejo" en que con breves diálogos y ligeros caracteres se han iluminado un problema.

Esta vez la obra es de mayor aliento y cubre no sólo un episodio alrededor del que ocurren muchas cosas en un relato que anda y desanda caminos hacia adelante o hacia atrás: "Luciana" es un pretexto para narrar con maestría toda una etapa de la vida en Misiones y la Argentina en un período que abarca al menos medio siglo.

La novela cuenta con varios personajes de típico linaje misionero, con pormenores de la vida en el interior y la capital. Los pesares de

la pobreza, la violencia física del machismo ancestral, cultural e institucional de los oscuros tiempos de “los años de plomo”, las esperanzas y los sueños fundidos en braseros de tesón, brío y la voluntad luego disueltos en tormentosas correntadas de frustración y desdicha, el amor más entrañable, las pasiones humanas más primarias y profundas, las transformaciones sociales y culturales habidas desde las épocas de las dictaduras militares con todas sus tragedias hasta la llegada de la democracia y sus ilusiones.

Todos los colores de la vida pueden entrelazarse en la cuidada prosa del autor misionero, la hondura de los claroscuros y crepúsculos de la existencia humana.

Luciana encarna, no solamente a una mujer misionera sensible, soñadora, aguerrida y sufrida, sino un arquetipo de personaje universal, comparable al Job de la Biblia; de voluntad inquebrantable, capaz de arremeter contra temporales emocionales y físicos, de tolerar y soportar penurias inenarrables que, de a poco, van conformando en su interior la argamasa ardorosa con que se forja un temple de acero, para resistir y revelarse con la fuerza de las cataratas de mayor caudal y caída.

Los variados personajes que aparecen en la envolvente narración están magistralmente descriptos por sus diálogos y sus acciones. Aunque no abundan los detalles descriptivos, se los puede entrever con claridad fotográfica

en sus fisonomías, aspectos y carácter. Otro logro del eficaz escritor consumado que es Galeano.

Se ha dicho que, para conocer Rusia, sus tradiciones, su cultura y su alma, no sirven de mucho los libros de geografía o historia, sino más bien

la lectura de “Guerra y Paz” de Tolstoi.

Luciana es un personaje entrañable, querible y admirable que con el tiempo se volverá inolvidable; imprescindible para entender con profundidad la vida en este rincón de tierra roja.

Quizás un día llegue a dudarse de que Luciana no haya existido de verdad...

Rodolfo Roque Fessler

Por las memorias que atraviesan los tiempos
y me devuelven a la eternidad con quienes
siguen en mi corazón.

Luciana

— No te vayas, Gabriel, no te vayas... ¿Qué le doy de comer a José?

— Tierra, dale de comer tierra. Hay mucha, ¿no ves?

La mujer regresó a la casa con los ojos anegados de lágrimas mientras observaba a su hijo que jugaba sobre el colchón de tierra colorada. El niño la miró y dibujó una sonrisa en aquel rostro angelical, pero rápidamente el brillo de sus ojos desapareció: “Tengo hambre, mami”, exclamó mientras limpiaba sus manitos refregándolas contra el pantaloncito que vestía.

Luciana lo tomó en brazos y lo llevó al baño. Lo higienizó y salió hacia la casa de la vecina, a la que pidió dinero prestado. No pudo evitar sentirse avergonzada porque jamás había cruzado una palabra con ella. Es más, nunca se habían saludado. “Te lo voy a devolver”, advirtió antes de desaparecer con el pequeño en brazos. Con esos billetes compró los pasajes y volvió en colectivo a casa de sus padres, en San Ignacio. Allí encontró la contención material y espiritual que su esposo le había negado.

Mientras los abuelos disfrutaban del nieto, ella solía caminar por el amplio parque de césped

de la propiedad que al frente tenía el enorme establecimiento comercial que abastecía a la zona con los más variados artículos.

Mamá de un niño bonito, sano y travieso; parecía rehusarse a abandonar definitivamente la adolescencia de la que tanto disfrutó; rodeada de muñecas, príncipes azules y caballeros de noble armadura que se sucedían por atraer su atención. En ocasiones aprovechaba esas caminatas solitarias para ingresar a la Casita del Árbol que su padre le había construido cuando apenas había aprendido a caminar.

Allí permanecían sus muñecas de cabelleras doradas, coloradas o negras; los cepillos que utilizaba para peinarlas y hasta la ropa que les confeccionaba con una creatividad tan inusitada que parecía anticipar un futuro venturoso en el mundo de la costura.

Allí, sentada por largo tiempo, parecía olvidarse del mundo. Hasta que oía el llanto de José y salía presurosa a su encuentro para re-ingresar a la casita y jugar juntos, desinteresados de todo lo que pudiera ocurrir.

Extrañaba ese lugar; su hogar, el hogar que sus padres construyeron a capa y espada, contra

viento y marea pese a la contra de los grandes hacendados que preferían que la peonada despilfarrara la quincena en la proveeduría de su estancia, de donde salían ebrios y tambaleantes, sin dinero y más endeudados que antes.

Se trataba de un círculo vicioso del que los sacrificados trabajadores no podían escapar. A fin de mes, cuando iban a cobrar sus emolumentos, se percataban de que no tenían un centavo a su favor. Entonces volvían a sacar a cuenta del próximo sueldo.

Un mes después del escándalo, Gabriel regresó por ella. Se mostró arrepentido y juró que jamás volvería a protagonizar una situación como aquella. Si hasta llegó a la casa de sus suegros con un ramo de rosas rojas.

Los padres de Luciana no tuvieron contemplaciones con él y se opusieron enérgicamente a que ella regresara a Posadas. Pero la joven les advirtió que no se entrometieran, que no era asunto de su incumbencia y que ella sabría tomar la mejor decisión para todos.

Obnubilada por el encanto de las palabras de aquel hombre, persuasivas como canto de sirenas, se dejó convencer.

El camino de regreso a Posadas fue tedioso. El calor era insufrible y el desvencijado colectivo Mercedes Benz ingresaba hasta en los pueblos que no figuraban en el mapa de Misiones.

Desde que subieron al ómnibus, una circunstancia llamó la atención de Luciana. El rostro de Gabriel había cambiado. Y eso la preocupaba porque sabía de su temperamento inestable; podía mutar en segundos, girar tan rápido como la veleta que preanuncia una tormenta. No le hablaba ni la miraba. Así fue todo el trayecto.

Hasta que llegaron a la casa de madera pintada de un verde fluorescente que la diferenciaba notoriamente de las otras. Allí vivían, sobre la avenida López Torres, a pocas cuadras del hospital Ramón Madariaga, en el corazón del barrio Villa Urquiza.

Gabriel ingresó a la vivienda y se dirigió al dormitorio. Luciana alzó a su hijo y caminó con él hasta la cocina para darle la cena. La tensión parecía flotar en el aire.

Afuera los grillos cantaban inquietos, alterados por un calor sofocante que había superado la barrera de los 35 grados. La oscuridad era

casi absoluta. En la esquina, el único foco del alumbrado público, que oscilaba de un lado a otro como un péndulo, anticipaba la tormenta que el Servicio Meteorológico había anunciado esa mañana.

Luciana salió del cuarto de su hijo, al que por fin el sueño había vencido.

— ¿Gabriel, te sirvo la cena?, alcanzó a preguntar antes de que el primer cachetazo la derribara.

La golpiza que recibió esa noche fue tan brutal que el último moretón desapareció treinta días después. Agotado de tanto golpear, sosegada la furia impune que dejó a la mujer casi inconsciente en el suelo, el agresor balbuceó con la voz entrecortada por la agitación.

— Y esto no es nada comparado con lo que te va a pasar si volvés a irte. Y lanzó el último puntapié que sonó hueco en el cuerpo de la joven.

Luciana no salió a la vereda durante semanas porque tenía el rostro machacado por los golpes y arrastraba los pies de tanto dolor. Siquiera asistió al médico y eso que el hospital

quedaba a un par de cuadras. Menos que menos pensó en radicar la correspondiente denuncia.

Eran otros tiempos; no solían denunciarse episodios de violencia de esta naturaleza y si ocurría, se determinaba primero si el atacante tuvo razones para hacerlo.

Una vecina, la misma que le había prestado el dinero para viajar a San Ignacio, se encargó de cuidarla y también a su pequeño hijo.

Con el tiempo, Gabriel advirtió que esa mujer iba a su casa cuando él no estaba. No sentía por ella la más leve simpatía, pero no ponía reparos porque no quería inconvenientes con el esposo, un oficial de alto rango de la Policía de Misiones. De alguna manera intuía que, más temprano que tarde, resultaría una mala influencia para su esposa.

Era un buen hombre para aquellos que no lo conocían en la intimidad del hogar. Se mostraba amable, cordial y hasta solidario frente a los demás. Pero puertas adentro, escondida de los ojos de Dios, yacía la fisonomía de una bestia que se movía por instinto; cruel y calculadora.

Luciana se había enamorado de un hombre que la indujo a la pérdida absoluta de la autoestima, que la convenció desprovista de cualquier virtud y la transformó en un objeto cuya existencia –para él-, era necesaria nada más que para procrear.

Era demasiado joven y creyéndolo un príncipe azul, abandonó todo y fue tras él. Y como decía su abuelo, “la juventud en ocasiones es mala consejera, no por malicia sino por inexperiencia”. Su corazón desconocía los laberintos en los campos de Marte y esa circunstancia haría que, con el devenir del tiempo, las cicatrices se acumularan a la par de cada latido.

Dio a luz en cuatro oportunidades. José fue el primero y único varón.

En una ocasión, insinuó concurrir al ginecólogo para colocarse un DIU pero la respuesta de su pareja la paralizó:

— Tendría que pensar en el sentido de tu existencia, porque para qué otra cosa servirías si no para tener hijos.

Luciana tenía diecisiete años cuando dejó su San Ignacio natal detrás del hombre que una

vez se presentó en el almacén de Ramos Generales de su padre como viajante de comercio y vendedor de productos de limpieza.

Cursaba el segundo año del ciclo secundario, privilegio al que pocas jóvenes de su edad podían acceder en el contexto de una sociedad que no veía otro destino para la mujer que los quehaceres domésticos y la crianza de los hijos.

Hanna Finken, la madre, quería otro futuro para su hija. La imaginaba en la administración de la empresa familiar. Pretendía que ella fuera independiente, que no necesitara de nadie para vivir dignamente, pero Luciana optó por otro camino, muy alejado de aquel que imaginaron sus padres.

Pese a Gabriel, ella jamás se resignó a seguir estudiando. José tenía apenas tres años cuando Luciana pretendió regresar al colegio para concluir el ciclo Secundario. Pero en el medio tenía una misión más que complicada, sumamente compleja: convencer a su marido.

En esas cavilaciones estaba cuando se enteró de una noticia que no esperaba. Y mucho me-

nos en ese momento. Gestaba su segundo embarazo. Entonces entendió que retomar los estudios era un objetivo que debía posponer.

El carácter irascible de Gabriel se reflejaba en recurrentes arranques de ira, crecientes como su adicción al consumo de alcohol. Las humillaciones llegaban al límite de lo humanamente tolerable. En ocasiones, incluso, le gritaba que el bebé que estaba en camino no era suyo y que ni bajo tormentos le daría su apellido. Y probablemente lo hubiera hecho de no mediar la intervención de doña Hanna.

— Mire, Casco; usted le dará el apellido a esa criatura porque de lo contrario me encargaré personalmente de que nunca jamás vuelva a acercarse a mi hija. Y como si no fuera suficiente, lo voy a mandar a la cárcel. ¿Usted cree que no sé lo que pasa en esta casa? Si fuera por mí, créame, usted nunca hubiese sido parte de mi familia.

La amistad entre Luciana y Alejandra fue estrechándose cada vez más hasta adquirir la consistencia del titanio.

Pero no sucedió de un día para otro. Aquel préstamo, que para Alejandra no tuvo mayor

trascendencia, para Luciana resultó de gran ayuda, un gesto que no iba a olvidar.

— No te entiendo, Luciana, la razón de seguir al lado de un tipo así. Nada bueno puede resultar de esta relación. ¿Por qué no recurrís a tu mamá?, es la única que puede ayudarte.

— Es el padre de mis hijos, Ale. Yo también tengo responsabilidad en todo esto. No soy perfecta y en ocasiones hago cosas que lo alteran. Además, ¿de qué vamos a vivir?

— ¿No lo decís en serio? Me extraña que pienses de esa manera. ¿De qué vamos a vivir? ¡Haceme el favor! Mejor me voy.

Luciana no la pasó bien en el parto. Ella hubiese preferido una cesárea porque de antemano sabía que el bebé era demasiado grande, pero el ginecólogo poco menos que la retó cuando mencionó aquella idea.

El trabajo de parto fue tortuoso, una pesadilla. Como la dilatación no era ideal y la criatura no llegaba, el cirujano y su equipo recurrieron al forceps para completar el proceso.

La utilización de ese instrumento provocó graves lesiones en los tejidos internos de la parturienta al punto de que el ginecólogo le advirtió, semanas después, que un nuevo embarazo sería riesgoso para ella.

María Eugenia se llamó la recién nacida y pesó algo más de tres kilos. Era una beba hermosa, blanca como el marfil y de unos cachetes rosados que la acompañarían toda la vida.

Luciana no se alegró por la advertencia del médico, pero no pudo evitar la sensación de alivio porque, en verdad, no quería volver a embarazarse.

Ella jamás le contó a su esposo la conversación que mantuvo con el galeno porque, con seguridad, toda la culpa sería suya y sabía, perfectamente, cómo terminaban esas situaciones.

Pese al miedo y al clima de permanente tensión que vivía, con María Eugenia aún lactante, Luciana no podía dejar de pensar en otras alternativas de progreso, porque las necesidades eran cada vez más.

Alentada por Alejandra, reanudó sus estudios secundarios en el nocturno de la Escuela Normal.

La amiga y vecina le propuso ir juntas para que Gabriel no se opusiera.

Durante el día, además de ocuparse de los quehaceres de la casa y de los chicos, Luciana hacía pan casero, bollos, budines y pastelitos que ella misma vendía a los transeúntes que pasaban por la esquina de la casa. Allí solía montar una mesa con mantel y exponía los productos panificados, cuyos secretos de elaboración había heredado de su madre.

La venta los fines de semana era excelente porque mucha gente pasaba por el lugar: vecinos, familiares de pacientes internados en el hospital, pescadores que regresaban caminando de la costa del río Paraná y volvían con un apetito voraz.

Todos, absolutamente todos, sabían de la excelente mano de Luciana para la elaboración de esas exquisiteces.

Cada minuto del día, entre las actividades hogareñas y la venta callejera, aprovechaba para estudiar.

Pero las cosas serían aún más complicadas para ella. En menos de tres años, dio a luz a Carolina –una sorpresa enorme porque estaba

convencida de que ya no sería mamá-, y a Priscila.

Con el devenir de los años, la violencia –física, verbal y psicológica- que Gabriel ejercía sobre su esposa la extendió a sus hijos, casi exclusivamente a José. Con él parecía tener una suerte de ensañamiento.

Los viernes, por lo general, eran los días de mayor tensión, porque en vísperas del fin de semana se quedaba con sus compañeros de trabajo en algún bar céntrico hasta el anocheecer.

Entonces, ebrio y encolerizado por sus propias frustraciones, regresaba para protagonizar tremendos escándalos que todo el barrio se enteraba.

La crueldad de ese hombre cuando estaba alcoholizado no conocía de límites. Buscaba cualquier excusa y si no la encontraba, la inventaba para dar rienda suelta a su perversidad.

Ninguno de sus hijos olvidaría jamás cómo los golpeaba. Buscaba una varita fina y larga y arremetía contra sus cuerpos indefensos hasta dejarles laceraciones escamosas en las piernas.

Una mañana de sábado, durante la primavera, la directora de la escuela a la que los pequeños asistían, se presentó en el domicilio de avenida López Torres y dejó una dura advertencia al dueño de casa.

Ante la amenaza irónica lanzada por éste, de que podía sufrir un accidente si se inmiscuía en asuntos ajenos, la mujer no dudó.

— Mire señor Casco, yo no le tengo miedo, así que deje sus amenazas de lado. Lo que vine a decirle es si vuelvo a ver a alguno de sus hijos con moretones o marcas de golpes, lo voy a denunciar y no me detendré hasta verlo preso.

Aquella mañana en que la docente fue a la casa, Gabriel no permitió que Luciana asomara su rostro a la calle. Ella también tenía grabadas en el cuerpo las huellas de la violencia impune.

UNA INFANCIA FELIZ

Luciana nació en el seno de una familia de comerciantes de San Ignacio, bien posicionada y de intachable reputación. Su padre, don Antonio Valverde, era propietario de un almacén de ramos generales llamado El Paso.

Dicen que debía ese nombre a que el negocio era paso obligado de la mayoría de los habitantes que se dirigía a cumplir con sus obligaciones: los niños a la escuela y los adultos –y no tanto- al trabajo.

Allí nacieron y crecieron Luciana y su hermano Matías. Eran tiempos de trabajo duro en las plantaciones de yerba; en el apeo de madera nativa monte adentro y en los aserraderos.

Los enormes troncos aún eran lanzados al río Paraná y llevados en jangadas o remolcadores hasta los puertos más importantes, aguas abajo, alrededor de los que se emplazaban los poderosos aserraderos.

Los hombres que trabajaban de sol a sol, que de hecho sentaron las bases para que Misiones fortaleciera su prestigio de provincia productora de yerba mate, eran tipos rudos y duros.

Los fines de semana en que cobraban la quincena muchos de ellos solían beber hasta caerse, regresaban a casa y se las agarraban con sus mujeres e hijos.